

VESTIDOS DE ROJO PARA BAILAR POLKAS

Beatriz González de Bosio

Los juglares eran hombres y mujeres que vivían de su trabajo, actuando en las plazas públicas en los mesones o en los palacios de los reyes, nobles y prelados, para divertir al público. El oficio del juglar era bastante amplio. Poeta, recitador, cantor, prestidigitador, titiritero, bailarín, amaestrador de animales, y en algunos casos hasta mendigo. Se acompañaban algunas veces con instrumentos musicales a cuerda (vihuela) de percusión (tambor) o de viento (trompa). Vestían trajes vistosos de colores vivos, y gozaban de gran popularidad entre el público.

En ese tenor juglaresco, Raquel Rojas nos sorprende en “*Vestidos de rojo para bailar polkas*” una “crítica al poder”, que con valentía su mensaje señala que la participación política se ha convertido en un mercado de compra venta de cargos públicos y beneficios personales donde los funcionarios suelen ser más bien mercaderes enfermos de corrupción.

La democracia está condicionada por la marginación y se ha creado un abismo de pobreza donde todos y cualquiera delinque para sobrevivir.

La alusión a la zona de frontera “Ciudad Agreste” donde se accede a dinero mal habido y a prácticas poco éticas de supervivencia, caricaturiza una dolorosa realidad.

En abordajes descarnados narra episodios de la vida política real y los antivalores instalados en un nuevo ethos paraguayo como práctica social, lejos de la búsqueda de la tierra sin mal.

Al estilo de Dario Fo, autor y dramaturgo italiano cuya obra tiene una fuerza satírica y política que en su momento le ha ocasionado problemas de censura pero a la vez alcanzó popularidad mundial, Rojas acude a la farsa grotesca, con un equipo integrado por Félix Colmán, Sair Gamarra, Jorge Leguizamón, y Mabel Medina y la excelente actuación especial de Jesús Pérez, consagrado actor de la escena paraguaya, que brindan una tribuna alternativa de reflexión sobre la realidad paraguaya a la luz de nuestros dirigentes.

Chistosos y picarescos, y hasta a veces irreverentes, juegos y truhanerías se deslizan en un manejo de fondo y forma aunque satisface más lo primero que lo segundo.

Con pocos recursos sortean el argumento que por momentos se vuelve demasiado intelectual para el propósito.

Pero el mensaje llega y hay una suerte de identificación del público con los actores en este desafío desde las tablas a los poderes que monopolizan influencias, espacios, riqueza y beneficios en detrimento de las mayorías que cada vez quedan en mayor cantidad fuera del sistema, por inoperancia y egoísmos de aquellos....